

MEDALLAS EN LA PIEL: CONNOTACIONES ERÓTICAS ACTUALES DEL PIERCING Y EL TATUAJE

Por Yoss

(...) y tal pareciera que lejos de afearlo, aquellas tremendas cicatrices lo embellecían, al menos a ojos de ciertas damas, como si de medallas al valor se tratase,

prendidas en la piel (...)

Los duelistas, Joseph Conrad

INTRODUCCIÓN

La última década del siglo XX y la primera del XXI han sido testigos de cambios radicales en lo que a estética se refiere. El más importante de ellos, la crisis de los ideales únicos, absolutos y canónicos de belleza masculina y femenina y su división en muchos otros relativos y/o parciales.

Ya no hay un único, monopólico modelo de hombre o mujer bellos, sino muchos. Esta “balcanización” del arquetipo de atracción sexual se relaciona estrechamente con la popularidad en ascenso de patrones o paradigmas más o menos contraculturales, muchos antes incluso considerados como repugnantes, desagradables o simplemente indeseables.

Destacan entre los elementos de estos nuevos paradigmas las decoraciones corporales invasivas permanentes o semipermanentes, término científico al que recurren los especialistas para englobar al tatuaje y al piercing.

ORÍGENES Y BREVE HISTORIA.

La decoración con motivos subepidérmicos de carácter indeleble es una práctica cuyos orígenes se remontan a la prehistoria. El Hombre de los Hielos, un cazador neolítico cuyo cuerpo perfectamente conservado por el frío se encontró en un glaciar alpino, ya exhibía en su piel varios tatuajes de impresionante factura. En la cultura de las pieles rojas de Norteamérica, los maoríes de Nueva Zelanda o en menor medida de los papúas y kanakas

de la Micronesia y Polinesia, el tatuaje fue y es elemento fundamental, en su doble carácter de embellecedor e indicador de rango.

Función esta, estrechamente asociada a la soportación estoica por el “paciente” de la ordalía que implicaba la lenta y meticulosa perforación de su piel con los primitivos punzones de hueso o madera de punta embebida en tinturas vegetales, que fueron la herramienta de todo tatuador hasta la relativamente reciente invención de las máquinas eléctricas, ingenios que han facilitado la ejecución de los diseños y disminuido el dolor asociado al acto, pero sin eliminarlo ni mucho menos, aspecto en el que insistiremos más adelante.

El tatuaje apenas si fue practicado en África: la fuerte pigmentación de la epidermis negroide lo hace difícilmente perceptible a simple vista. Como signo indeleble de iniciación las culturas africanas prefirieron en general recurrir a primitivas formas de piercing o a la escarificación o producción deliberada de cicatrices, facilitada por una clara tendencia racial a formar queloides... (pero este ya sería tema para otro trabajo)

Los mongoles y otros pueblos asiáticos utilizaron ampliamente los tatuajes, pero fueron los maestros chinos y sobre todo los japoneses los que llevaron este arte a su cumbre de virtuosismo. Resultan especialmente impresionantes los *body suits* o diseños que cubren la casi totalidad o grandes porciones del cuerpo con motivos orientales, ya sean caligráficos o zoológicos. Curiosamente, en su origen estaban casi exclusivamente reservados a las sociedades delincuenciales secretas como la Yakuza nipona o las Tríadas chinas, cuyos miembros demostraban así su valor, paciencia y grado de compromiso con la organización.

Fue asociado a tan peyorativo y contracultural complejo de significantes que el tatuaje regresó a Occidente, viajando en la piel de marineros y soldados de las potencias coloniales que habían servido en Ultramar. Y es correcto decir regresó, puesto que culturas del viejo continente como los celtas, los jutos y los germanos ya lo habían empleado ampliamente.

Los dedicados a los riesgosos menesteres del mar y las armas recurrían a los tatuajes como medio para distinguirse de los civiles menos “audaces”, y por eso exageraban el dolor implicado en la adquisición de tan singulares “medallas”. De marinos y soldados pasó luego el tatuaje a ladrones, prostitutas y otros miembros de los bajos fondos europeos

y norteamericanos, siendo así estigmatizado como de mal gusto por la sociedad burguesa bienpensante.

Durante más de tres siglos el tatuaje en Occidente conservó esta connotación negativa. Los estudios donde se realizaban eran pocos y semiclandestinos, y la habilidad de sus ejecutantes generalmente muy limitada. Fue solo en los años 60 que, de práctica reservada a trabajadores del sexo, presidiarios y miembros de sociedades más o menos contraculturales como los Hell Angels o el Ku-Kux-Klan, y como herramienta de corrección quirúrgico-estética en algunos casos extremos, comenzó a convertirse en distintivo de los nuevos iconos de la cultura juvenil: los músicos de rock. Especialmente los de las tendencias más duras, el *hard*, el *heavy*, el *trash*, el *death*: ejemplos clásicos: Ozzy Osbourne (*Black Sabbath* en los 70s), Steve Tyler (Aerosmith, 70s hasta hoy) Axl Rose (Guns And Roses, 80s y 90s) y Marilyn Manson, (2000s)

Música y cine siempre han gozado de una estrecha interrelación, y así actores que son ídolos de masas, como Richard Gere, Angelina Jolie o Vin Diesel se hicieron y comenzaron a exhibir sin tapujos sus tatuajes, contribuyendo notablemente a su difusión y popularización actual.

Muy similar aunque más veloz en pasar del repudio a la popularidad es la historia del piercing, o sea la perforación de la piel con anillos, alfileres o similares con motivos estéticos, que no otra cosa significa el término en inglés. Hubo piercing socialmente aceptado y piercing socialmente repudiado, diferencia sutilísima pero que sirve como ejemplo perfecto de la fuerza y relatividad de las convenciones sociales: pese a que por siglos y siglos las mujeres han perforado y perforan sus orejas y las de sus niñas para poder usar aretes, nadie tildó ni tilda esta práctica de “tribal, bárbara y primitiva” ni la reservó a las páginas de publicaciones como la *National Geographic*, las mismas que retrataban orgullosos guerreros papúes con huesos atravesándoles el tabique nasal, sonrientes mujeres africanas con platos deformándoles los labios o hermosas novias hindúes con sus relucientes aretes nasales.

Es interesante destacar que los miembros de algunos cuerpos militares de élite como los SS nazis, los Comandos ingleses o los SEALs de la Marina estadounidense se tatuaron o tatúan hasta hoy.

En 1977 los *punks* protagonizaron una revuelta estética y de opinión con sus crestas, jeans destrozados, fetichismo por el cuero... y exhibiendo orejas, tabiques nasales o pezones perforados con alfileres como un símbolo más de su desprecio por todo lo establecido. Tampoco eran ajenos a la clara simbología sadomasoquista que lleva asociada la perforación voluntaria del cuerpo: no hay que olvidar que originalmente *punk*, en el *slang* londinense significaba “mantenido por un homosexual”.

A mediados de los 80s, de nuevo en la cresta de la ola del rock, empezó a popularizarse en Occidente el uso masculino de aretes o argollas, antes reservado para piratas, gitanos, proxenetas y delincuentes. Las mujeres, para no quedarse atrás, adoptaron primero la perforación múltiple de las orejas para poder exhibir varios aretes y luego el hábito indostano de agujerearse una ventana de la nariz. Y los 90s vieron a los fans de las nuevas tendencias *grunge* y *techno* perforarse con entusiasmo el ángulo de las cejas, el tabique nasal, los labios, la lengua y el ombligo. Con la difusión y abaratamiento de aleaciones biológicamente inertes (el llamado acero quirúrgico), de anestésicos de bajo riesgo y de técnicas, procedimientos y/o prácticas de esterilización cada vez más eficaces, simples, rápidas y menos costosas, así como la integración creciente de la antes completamente inaceptable pornografía a los modelos de vida y conducta occidentales, fueron legión las imitadoras e imitadores de las estrellas de rock, pornodivas y pornodivos que se perforaban entusiastas pezones y genitales.

DOLOR, VALOR, ATRACTIVO SEXUAL Y MODA.

¿Por qué estas prácticas dolorosas y de reversibilidad complicada (en el mejor de los casos) se han vuelto tan populares entre los jóvenes? ¿Se trata solo de una moda pasajera?

Por paradójico que puede parecer, condiciones *sine qua non* del atractivo sexual de tatuajes y piercings son su carácter permanente y el dolor que llevan asociado.

Lo segundo lo expresa perfectamente la sentencia anglosajona “*no pain, no gain*” de la que una versión aproximada en español podría ser “*lo que cuesta vale*”.

Un análisis lógico por pasos puede resultar esclarecedor:

1-Tatuajes y piercings *embellecen* (aunque para muchos esto resulte polémico... podrían por tanto ser preferibles los términos *destacan* o *individualizan*) de modo permanente y no natural el cuerpo humano.

2-Los actos de tatuarse y/o colocarse un piercing implican para el “paciente” la soportación de cierto grado de dolor.

3-Solo las personas valientes son capaces de enfrentar voluntariamente al dolor o permitir de modo consensual que otro individuo se los provoque.

4-Solo las personas seguras de sí mismas se adornan con motivos u objetos de los que no pueden deshacerse fácilmente (y que a menudo tampoco son precisamente baratos).

5-Alguien seguro de su criterio y tan valiente como para sufrir dolor por decisión propia en nombre de la belleza o la individualidad, tiene que ser una persona que va más allá de las convenciones y limitaciones sociales: “diferente”, “especial”, “fuera de serie”, “única”.

6-Lo diferente, especial, fuera de serie, único y que desafía las convenciones sociales resulta sexualmente atractivo, precisamente por su carácter excepcional e irrepetible.

Esto nos devuelve a lo que hacíamos referencia en la introducción, la crisis del canon único de atractivo sexual o la balcanización de los modelos de belleza. Para los jóvenes modernos (o al menos para buena parte de ellos) se vuelve un imperativo generacional romper con el concepto muchas veces estrechamente ligado al poder de sus padres de “individuo normal”. Un concepto en el que el adjetivo “normal” pierde sus significantes positivos de *correcto* y adecuado para quedar marcado por los peyorativos de *mediocre*, *estandarizado*, *falto de individualidad*, *integrante pasivo del rebaño* y *replicador sin criterio propio*.

Curiosa pero característicamente, esta ruptura radical con los “asfixiantes” valores de la generación anterior suele limitarse a la instauración de nuevos paradigmas o cánones cuyo carácter irreverente resulta solo relativo, puesto que a menudo resultan tan uniformadores, estrictos o absolutos para la nueva generación como lo fueron el traje, la corbata y el pelado militar para sus antecesores. Y los que no los acatan en nombre de su individualidad son tildados tanto de excéntricos como de *cheos* y *fuera de onda*.

Este es el concepto clásico de la moda, fenómeno que por definición implica una constante renovación: una tendencia en un principio innovadora y rompedora, al ganar popularidad termina por convertirse en mayoritaria y por tanto se constituye en canon, y entonces es abandonada en aras de otra aún más audaz.

EL TATUAJE ERÓTICO: UNA PROPUESTA DE CLASIFICACIÓN ESTÉTICA. ZONAS Y DISEÑOS MÁS USUALES.

Sin despreciar clasificaciones tradicionales, como la que los ordena en tribales, orientales o americanos, los tatuajes podrían dividirse, desde un punto de vista estético, en dos grandes categorías:

Los secundarios, o sea, que se supeditan a su poseedor, tendiendo a resaltar o disimular zonas destacadas o “débiles” de su cuerpo; y los primarios, o sea, aquellos que por su intrínseca belleza y complejidad relegan a un segundo plano, como simple portador o lienzo viviente, al ser humano en cuya piel se inscriben.

Una tercera clasificación podría ser el tatuaje trasfigurativo, que cambia completamente el aspecto del ser humano que lo sufre. Pero aunque bajo cierta luz o interés morboso puedan resultar sexualmente atractivos (o al menos curiosos) individuos tan extremos como Puzzle-Man, que ha convertido su piel en una especie de rompecabezas; el Hombre-Iguana, que se la ha cubierto de escamas tatuadas y llegado incluso a bifurcarse quirúrgicamente la lengua en su afán de asemejarse a los reptiles; o Cat Man, que se ha afilado los dientes, tatuado rayas tigrescas por todo el cuerpo, operado las orejas para volverlas puntiagudas y transformado sus labios en belfos similares a los de un felino, tales fenómenos hoy son todavía demasiado escasos y excepcionales como para determinar una norma o moda.

La connotación erótica del tatuaje primario depende de dos únicos factores: el diseño en sí y el grado de maestría con que lo ejecute el tatuador. Cabe señalar que, como por su gran tamaño no suelen exhibirse públicamente, el que su apreciación se limite a momentos de intimidad les da un valor sexual extra, incluso si no representan motivos especialmente obscenos o provocativos. Y eso no obstante que estas mismas notables dimensiones los confinan a zonas planas extensas y normalmente de escaso valor erógeno (ante todo la espalda, aunque muchos *body suits* incluyen pecho, vientre y muslos). También son relativamente populares las “mangas” (diseños que cubren todo un brazo) aunque en nuestro clima tropical la sensualidad de los diseños allí tatuados se vea necesariamente limitada por la moral predominante y sus definiciones de lo que es obsceno y lo que es aceptable.

Hay asimismo que destacar la profunda diferenciación que existe entre ambos sexos en cuanto a zonas y motivos favoritos para el tatuaje secundario.

Como era de esperar, entre los varones se le da preferencia a diseños que subrayen su virilidad: grandes, agresivos, coloridos, llamativos y situados en partes bien visibles. Animales peligrosos: tanto los reales como tiburones, grandes felinos, canes de pelea, serpientes, tarántulas o escorpiones; como los fantásticos: dragones, esfinges, centauros, unicornios u otros monstruos, casi siempre en poses amenazantes. Símbolos tradicionalmente asociados a la velocidad, la fuerza y la masculinidad, como armas blancas o de fuego, rayos, telarañas, llamas, autos y motos de carrera, aviones y cohetes; emblemas esotéricos como la cruz ganmada o la ansata, la espiral o el ojo de Horus. Motivos abstractos, tribales célticos o polinesios; frases fanfarronas o decididamente obscenas en enrevesada letra gótica, ya tatuados sobre abultados bíceps, deltoides o pectorales, ya atravesando abdominales rugosos u ornando anchas espaldas.

Pero también diseños más pequeños y secretos adornando lugares poco visibles como las caderas, el bajo vientre, o las inmediaciones del miembro viril. Aunque los tatuajes sobre el mismo pene, al igual que en zonas tradicionalmente consideradas “poco viriles”, como las nalgas, suelen asociarse a conductas homo o al menos bisexuales, tanto o más que ciertos motivos que el machismo tropical ha estigmatizado como “femeninos”, por ejemplo los florales.

El factor dolor también tiene en los tatuajes masculinos un peso mucho mayor que en los de sus contrapartes femeninas. Como cualquier aficionado sabe, mientras más cerca se encuentre el hueso de la piel más doloroso resultará tatuarla: por eso los diseños en la cabeza (cuyo cabello debe ser afeitado para la operación, aunque vuelve a crecer luego normalmente), los codos, las rodillas y los tobillos presuponen un estoicismo o virilidad extrema para su portador. Lo mismo ocurre con ciertas zonas corporales específicas, como la axila o el interior del muslo y el brazo. De ahí el valor que se concede a los brazaletes de vuelta completa, por ejemplo.

Práctica en un inicio casi exclusiva de las jineteras, el tatuaje femenino se ha difundido de modo extraordinario en Cuba en los últimos años. Es notable que, aunque en contadas ocasiones elijan los mismos diseños que los hombres, las féminas suelen privilegiar diseños abstractos, volutas florales o de naturaleza tribal. Los motivos animales, si se

presentan, suelen ser menos “agresivos” que los típicamente masculinos. Y se prefieren zonas que puedan lo mismo ocultarse que mostrarse.

La rabadilla o parte baja de la espalda, que tan a la vista puede dejar la actual moda femenina de sayas y pantalones de cintura baja, se ha vuelto especialmente popular en los últimos tiempos. En ocasiones a expensas de dos sitios que fueron favoritos hace algunos años: los alrededores del tobillo y la espalda a la altura de uno o ambos omóplatos; otras veces coexistiendo con diseños en tales lugares. Los tatuajes en el hombro o en la parte alta del brazo gozan también de amplio aprecio femenino.

En cuanto a sitios que la mayor parte del tiempo permanecen ocultos como la nuca, los senos, las caderas, la región púbica (que lo mismo que la cabeza o cualquier otra parte velluda, debe ser afeitada previamente) o las nalgas, dado que mayormente coinciden con las zonas erógenas de la anatomía femenina, resulta fácil deducir que el poseer tatuajes en alguna de ellas puede constituir una útil (aunque a menudo innecesaria) excusa para exhibirla ante el posible compañero sexual, con toda la carga de provocativa sensualidad que tal acto implica.

PIERCINGS: UNA PROPUESTA DE CLASIFICACIÓN. TIPOS MÁS FRECUENTES.

Pueden dividirse los piercing en tres categorías, según su grado de exposición a la vista ajena:

La primera, los faciales o de exhibición constante. Como en nuestro clima y moda ninguna o prácticamente ninguna prenda oculta las facciones, los aretes múltiples en las orejas (en el lóbulo u otras zonas), las argollas o pines en el ángulo de la ceja, argollas en la ventana nasal o el tabique (en contadas ocasiones unidas a una argolla en la oreja mediante una cadenita, aunque la práctica parece estar cayendo en desuso en los últimos años, desde que no se ve tanto como antes en TV a personalidades de la escena internacional llevándolo, como la rockera Joan Osborne y el también rockero Rachel Bolan, bajista del grupo *Skid Row*) y los pines o argollas en el labio superior o inferior se encuentran todo el tiempo a la vista. No existen aquí connotaciones sexuales; todos pueden ser usados por individuos de ambos sexos. Un caso especial, pero igualmente unisex, lo constituiría el piercing lingual: tanto porque al mantener la boca cerrada no se hace

evidente como por la tradicional connotación erótica que se otorga a este apéndice intrabucal.

Un segundo tipo sería el umbilical o de exhibición temporal. La perforación del tejido circunumbilical para adornarlo posteriormente ya sea con una argolla o con un pin la practican en Cuba mayoritaria pero no exclusivamente las mujeres. Y de nuevo establece el machismo tropical que cuando un hombre se pliega a tal costumbre quede de algún modo en entredicho su virilidad pública.

La tercera clase la constituyen los piercings que normalmente no se encuentran al descubierto. Que puede a su vez subdividirse en pectoral (cuando afecta a los pezones) o genital.

La perforación y anillado de uno o ambos pezones no es aún muy frecuente en nuestro país. Si bien hace algunos años exhibían este piercing casi exclusivamente los trabajadores sexuales (jineteras y pingüeros hetero, homo o bisexuales) hoy se está popularizando lenta pero firmemente, sobre todo desde que la afluencia creciente de turismo europeo ha hecho que en algunas playas se relajen las antes rigidísimas normas contra el *topless* femenino. Aunque cabría esperar en consecuencia que esta fuese una práctica mayoritaria cuando no casi exclusivamente femenina, muestreos estadísticos superficiales por necesidad, parecen indicar que también goza de una notable popularidad entre los varones. Se especula que este igualitarismo pueda deberse a dos factores: el carácter relativamente secundario del seno femenino como zona erógena en nuestra cultura (comparada con la europea o la norteamericana, o con la región glútea de nuestra misma población femenina, por ejemplo) y la admiración masculina por personalidades de la música o el espectáculo mundiales que exhiben piercings similares (como por ejemplo el ya citado vocalista Axl Rose, de *Guns And Roses*).

En contadas ocasiones y casi siempre en las féminas se ve el simple pin o anillo adornando el pezón enriquecido con cuentas, cadenas colgantes suplementarias y hasta... cascabeles. Alguna que otra vez, cuando el piercing afecta a ambos pechos, puede presentarse una cadena con o sin colgantes uniéndolos. Este artilugio, además de su excepcionalidad, consigue imitar parcialmente el efecto de resaltar el busto de los sujetadores Wonderbra, por lo que resulta tan explosivamente sensual y provocativo que solo las trabajadoras sexuales más audaces y desprejuiciadas se atreven a utilizarlo.

Es en el piercing genital donde más profundas son las diferencias entre sexos, lógicamente.

Podría pensarse que esta práctica no goza de gran popularidad entre nuestros hombres, pero si incluimos en esta categoría las “perlas” peneales subepidérmicas, esferas duras (generalmente tomadas de pequeños cojinetes de bolas) que se insertan quirúrgicamente bajo la piel del pene, nos encontramos tanto con que existe una amplia mitología popular al respecto (aumentan la virilidad, provocan más sensaciones en la compañera sexual al rozar con el clítoris) como con que su colocación ha sido durante años toda una institución entre nuestra población carcelaria.

Paradójicamente, el tipo más popular de piercing genital masculino a nivel mundial, el llamado Príncipe Eduardo no goza de mucha aceptación en nuestro país... pero igual vale la pena comentar algo al respecto.

Conocido como Prince Edwards, porque según rumores tal monarca inglés del siglo XIX tenía uno, consiste en la perforación del frenillo postprepuial con un pin. Probablemente derive del *ampallang*, muy en boga entre los rajás y clases altas hindúes, que usaban una argolla sujeta al cinturón con una cadenita, supuestamente para evitar que el miembro viril en erección se hiciese demasiado evidente presionando contra los pantalones de fino algodón que se usaban sin otra ropa interior. Se supone que los colonizadores ingleses de la India encontraron primero curiosa y luego cómoda esta práctica nativa y fue así como la llevaron al Reino Unido, desde donde más tarde se extendió al resto de Occidente.

Como se dijo antes, se encuentran escasos ejemplos entre nuestra población masculina, sin que se comprendan bien las causas: cabría suponer que se trata solo del lógico temor a la pérdida de potencia viril que tendría lugar si por error durante la perforación se afecta al tejido eréctil de los cuerpos cavernosos o esponjosos. Que otros tipos de piercing genital masculino más riesgosos y/o dolorosos, como el testicular o las argollas dorsales múltiples, sean casi totalmente desconocidos en el país, reforzaría esta hipótesis. Por otro lado la alta incidencia nacional de perlas peneales parece refutar tal miedo a la impotencia. Pudiera también tratarse simplemente de que los cubanos, considerando el riesgo implícito en cualquier manipulación quirúrgica o semiquirúrgica de su atributo reproductor demasiado

grande para solo ostentar "un alambrito" opten preferiblemente por las perlas, cuya eficacia como mejoradoras del desempeño copulatorio es desde hace mucho *vox populi*.

Es en el piercing genital femenino donde mayor número de variantes y/o combinaciones pueden encontrarse, si bien no puede decirse que ninguna de ellas, ni siquiera las más simples, sea realmente popular entre las cubanas. Y de nuevo encontramos aquí una práctica aún casi exclusivamente reservada a las prostitutas, aunque con una incidencia que parece crecer de modo sorprendente sobre todo en la más joven generación.

Básicamente hay dos sitios de los genitales externos femeninos donde es factible la colocación de piercings sin recurrir a complejas cirugías y/o personal médico especializado: el llamado frenillo supraclitórico y los labios menores de la vulva.

La perforación sobre el clítoris es más riesgosa y exige más habilidad (se supone que existe el peligro de insensibilizarlo) pero tiene la indudable ventaja de que al colocar una argolla allí, sobre el delicado órgano eréctil, produciendo su roce con la ropa al sentarse, ponerse de pie o caminar provocará sensaciones placenteras que, según algunas mujeres que lo usan, a menudo desembocan en auténticos orgasmos clitóricos sin necesidad del menor contacto digital. Esta sensibilidad puede potenciarse aún más si el tejido de dicho frenillo supraclitórico ya perforado y estirado por una argolla se vuelve a perforar con un nuevo pin.

Comparativamente, los efectos logrados con la perforación y/o anillado de uno o ambos labios menores de la vulva son menos espectaculares, pero los riesgos son asimismo menores. En cuanto a los efectos que provocan por contemplación o contacto sobre el compañero sexual, paradójicamente parecen superiores: citando las palabras de la célebre y hoy difunta pornstar Savannah, que poseía ambos tipos de piercings: "*en el clítoris me lo hice para darme gusto yo; en los labios para dárselo a mi novio... y a los directores y el público de mis películas*".

El anillado no tiene por qué limitarse a uno en cada labio menor; en el reducido pero muy público ambiente del porno no es raro hallar actrices con cuatro, seis y más raramente ocho anillos en la zona. Del mismo modo, existen también profesionales del "sexo mercenario" que no se limitan a colocarse simples anillos, sino que de ellos cuelgan cadenas, cascabeles o cuentas de distintos tipos, materiales, colores, formas y dimensiones que al entrechocar entre sí suman el efecto sonoro a su ya notable impacto visual.

Lo que nos lleva directamente a los sofisticados y complejÍsimos piercings genitales femeninos compuestos. Equivalente del *ampallang* hindú masculino, llegan a ser verdaderas construcciones que pueden ligar entre sí labios, clÍtoris, ombligo y pezones, generalmente mediante finas cadenitas de metales preciosos, con o sin cuentas insertadas, y su confección debe mucho a la inventiva individual. Un ejemplo notable e ilustrativo (y a la vez excepción, porque no usa cadenas) lo constituye el llamado candado de castidad, en el que ambos labios menores anillados (se dice que el número mÍnimo de anillas requerido es 2, el óptimo 4, con 6 ya es complicado e incómodo y con 8 absolutamente insoportable) se unen con un pequeño candado, imposibilitando el acceso del pene a la vagina y obligando a su portadora al sexo anal... al menos hasta que no abra el candado. Artilugio ideado por la infatigable mente del historietista alemán Eric Von Gotha, que lo presentó en su novela gráfica erótica *La historia de Twentie*, causó tal sensación que luego ha aparecido en numerosos filmes porno y varias divas del sexo se han exhibido usándolo.

Cadenas de oro que unen un pezón perforado al piercing umbilical. Cadenas cerradas que pasan por la argolla supraclÍtorica y por sendos anillos en los labios menores. Cadenas con cuentas de vidrio coloreado, cadenas con cascabeles. Las combinaciones son muchas y muy variadas, si bien todas tienen dos características comunes: su temporalidad, y excepcionalidad. O sea, el estar reservados para “ocasiones especiales”. Citando a Asia Carrera, otra pornodiva norteamericana de origen vietnamita aún viva y en ejercicio: “*es como arreglarse para ir a una fiesta; jno va a pasarse una el día entero con todo ese incómodo maquillaje arriba! ¿no?*”

A MODO DE CONCLUSIÓN.

Aunque todavía practicado por un sector minoritario de la población cubana sexualmente activa, el tatuaje y el piercing son fenómenos cuya popularidad en aumento y creciente incidencia en el imaginario erótico no deberían ignorarse. Ni tampoco combatirse con prohibiciones arbitrarias desde la postura de la autoridad o condenas viscerales del *establishment* nacional. Como más de una vez ha demostrado la historia, tales repudios solo redundan como rebote en una creciente popularidad subterránea de la práctica rechazada... así ocurrió con la homosexualidad, la melena masculina y ciertos tipos de música como el rock y el rap, hoy aceptados.

Por otro lado, es preciso señalar que, como ocurre con todos los fenómenos relacionados con la vida privada en general, y específicamente con ese gran tabú de la cultura occidental que es el sexo, la obtención de estadísticas fiables al respecto enfrenta extraordinarias dificultades, no siendo la menor de ellas el difícil acceso de cualquier investigador a una muestra numéricamente significativa de trabajadores sexuales, grupo en el que hasta ahora se localiza la mayor incidencia. Cualquier valoración numérica será por tanto necesariamente superficial y extremadamente subjetiva. La circulación de un cuestionario *ad hoc* entre ciertos grupos, como hizo la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana en los años 80 para estudiar el fenómeno de los jóvenes rockeros, tampoco parece un procedimiento adecuado, por las mismas causas.

En algunas clasificaciones, el autor de este artículo solo conoce uno o dos casos que puedan servir como ejemplo; otras veces, ninguno, lo que vuelve necesaria y lamentablemente parcial, preliminar y discutible este trabajo.

Una preocupación surge, no obstante, incluso tras este acercamiento forzosamente vago. Y un par de preguntas relacionadas con el carácter temporal o de moda que parece poseer este auge del tatuaje y el piercing en nuestros días:

Más allá de prohibiciones y popularidades por rebote; si bien los zapatos, sombreros, adornos o prendas de vestir característicos que quedan obsoletos pueden ser simplemente desechados o previsoramente guardados hasta que la tendencia “recurve” reciclándolos; si bien una melena se puede cortar, y una orientación sexual o una preferencia musical cambiar ¿qué ocurrirá cuando pase de moda (si pasa, que no está dicho... bien podría convertirse en permanente) la actual tendencia al uso de piercings y tatuajes? ¿O cuando sus hoy juveniles portadores envejezcan, cambien su modo de vida hedonista y el tiempo afloje sus pieles y musculaturas?

Son preguntas inquietantes, poblacionalmente hablando, a mediano y largo plazo: porque nadie puede deshacerse de su epidermis tatuada o perforada ni comprar una nueva e intacta con la facilidad con la que se cambia de chaqueta, zapatos o incluso peinado. No obstante, queda siempre la esperanza del tratamiento con láseres multicromáticos, que se dice puede remover los tatuajes de modo prácticamente incruento... y de que, como bien sabe toda persona que se haya visto privada por algún tiempo de sus aretes, muchas veces

el agujero de un piercing despojado de su argolla tiende a cerrarse de modo natural con el tiempo.

28 de octubre, 2004